

Los años baldíos

Santiago Gil



“Los años baldíos”

Referencias del Norte de Gran Canaria.

Santiago Gil

Imágenes del acto de presentación de la novela *Los años Baldíos* en el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria.

El acto se celebró en el Salón Dorado del Gabinete Literario y los presentadores de la obra fueron el Presidente del Gabinete, Juan José Benítez de Lugo, la catedrática de Literatura, María Teresa Ojeda, y el director de Anroart Ediciones, Jorge Alberto Liria.







Extracto de la novela

(...)Al bajarme en la estación de Chamartín me di cuenta del silencio que había rodeado mi vida durante los años que viví en Londres. Unos gritaban ofreciéndome un taxi y otros cantaban los números de las distintas loterías que se sorteaban esa semana. En el bar de la estación el sonido metálico de las cucharillas se mezclaba con la música estridente de las máquinas tragaperras, la televisión y los vozarrones de los parroquianos que discutían de fútbol, de política o de toros. Me di cuenta de que en Londres había estado metido en una especie de cripta de la que casi nunca salía un sonido más alto que otro. El silencio verde y frío de los jardines de la capital británica no tenía nada que ver con aquel carnaval de ruidos y estridencias con que me había recibido Madrid.

Dejé las maletas en la consigna de la estación y me fui por el Centro a callejear y a buscar una pensión en la que pasar las primeras noches en el Foro. Me sentía extraño sin

necesidad de estar todo el rato traduciendo lo que decía la gente por la calle y lo que ponían los anuncios de publicidad. Era primavera y estábamos en 1992. Había estado en Londres cinco años y de España sólo me habían llegado las noticias que leía en El País de los domingos que compraba los lunes en un quiosco de Sloane Square. Entre la parada de Sloane Square y la de Earl's Court, o lo que es lo mismo, entre una pizzería y otra, me daba tiempo de leer todas las mañanas de los lunes el artículo de Manuel Vicent y la entrevista de Feliciano Fidalgo. A veces, cuando el metro tardaba más de la cuenta o se tiraba mucho tiempo parado entre dos estaciones, me llegaba a los deportes para leer las crónicas de los partidos de fútbol, y para ver cómo había quedado la Unión Deportiva de Las Palmas. De resto, y salvando a Ezequiel Laborda y a los dos o tres compañeros con los que estudiaba en la academia, ni hablaba ni escuchaba el castellano en ninguna parte. Leer sí que leía en castellano, aunque más que leer lo que hacía era releer los libros que yo me había traído de Canarias y los que le había ido comprando a Oswaldo .

Desde un primer momento la visión de Madrid coincidió con la que yo traía metida en la cabeza. Era aquella ciudad provinciana y a la vez moderna de las películas horteras de los cincuenta y de los sesenta y también era la de las callejuelas, las tascas y los menesterosos que había leído en Galdós, en Baroja o en Cela. La pensión en la que me alojé las cuatro primeras semanas estaba en la calle del Prado, a unos metros del Ateneo y también muy cerca de la Plaza de Santa Ana. Creo que me acabé decidiendo por ella al ver escrita la palabra *Teide* en una placa sucia y anticuada que había en el portal. El *Teide* me recordó sobre la marcha los veraneos en Agaete y aquellas puestas de sol que incendiaban todos los cielos y los horizontes marinos. Desde el norte de Gran Canaria el volcán del *Teide* se convierte en una visión casi mítica que uno siempre se encuentra en la lejanía apenas levanta la cabeza en dirección al mar.

La pensión no tenía que ver nada con Canarias ni con los veraneos de mi infancia, entre otras cosas porque los asturianos que la regentaban no conocían más que la comarca de Mieres y las tres o cuatro calles de Madrid en las que hacían su vida diaria desde hacía veinte años. Me contaron que quien le había puesto el nombre y la había regentado antes de traspasársela a ellos sí que era un enamorado de Canarias que no dejaba de hablar a todas horas de sus recuerdos del servicio militar en Tenerife. Al parecer en un primer momento pensaron cambiar el nombre del hostel *Teide* por el de hostel *Covadonga*, pero por lo visto ya había otro por Argüelles con este nombre y encima los trámites que les pedían para el cambio eran costosos y requerían más de dos o tres días de colas y papeleos. “¡Con el tiempo -contaba el dueño de la pensión- creo que fue un acierto mantenerle el nombre de *Teide*: gracias a eso no paran de venir canarios y más o menos podemos ir tirando para adelante, que hay que ver cómo os ponéis los de las islas desde que os separan del mar y de ese volcán que parece que fuera vuestro padre y vuestra madre a la vez. Algún día me gustaría ir a verlo, sí señor, cuando me jubile y tenga más tiempo para hacer cosas ya le tengo dicho a la parienta que lo primero que vamos a hacer es subirnos a un avión y marcharnos a Tenerife a ver el Teide y a bañarnos en la playa todo el día como dos millonarios de esos que no dan un palo al agua y se pegan la vida viviendo a cuerpo de rey de paraíso en paraíso!”(...)